

¿POR QUÉ LOS INTELLECTUALES SE OPONEN AL LIBERALISMO?*

Robert NOZICK

SUMARIO: I. *Introducción*; II. *El valor de los intelectuales*; III. *La escolarización de los intelectuales*; V. *Planteamiento central en el salón de clases*; V. *Hipótesis adicionales*.

I. INTRODUCCIÓN

Es sorprendente que los intelectuales se opongan al liberalismo. Otros grupos de un estatus socioeconómico comparable no muestran el mismo grado de oposición en las mismas proporciones. Estadísticamente, entonces, los intelectuales son una anomalía.

No todos los intelectuales se encuentran en la “izquierda”. Como otros grupos, sus opiniones se encuentran diseminadas a lo largo de una curva. Pero en su caso, la curva está dirigida y torcida hacia la izquierda política.

* El presente artículo fue publicado en *Cato Online*, vol. XX, núm. 1, enero-febrero de 1998, bajo el título “Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?”. Asimismo, es un extracto de un ensayo del mismo título que originalmente apareció en Aionoff, Craig *et al.* (ed.), *El futuro de la empresa privada*, Georgia State University Business Press, 1986 y que fue reimpresso en Nozick, Robert, *Socratic Puzzles*, Harvard University Press, 1997.

Agradecemos al Cato Institute por cedernos el presente artículo para su publicación. La traducción la realizó Enrique Pasquel Rodríguez bajo la supervisión del profesor Eduardo Hernando Nieto y publicada originalmente en *Themis*, Revista de Derecho, segunda época, núm. 45, 2002.

Por intelectuales, no me refiero a todas las personas inteligentes o de cierto nivel de educación, sino a aquellos quienes en sus actividades se ocupan de las ideas expresadas en palabras, moldeando la corriente de éstas que otros reciben. Estos hacedores de palabras incluyen poetas, novelistas, críticos literarios, periodistas de diarios y revistas, y un buen número de profesores. No incluye a quienes principalmente producen y transmiten información formulada cuantitativa o matemáticamente (los hacedores de números) ni a aquellos que trabajan con visualmedia, pintores, escultores, camarógrafos. A diferencia de los hacedores de palabras, las personas que se dedican a estas ocupaciones no se oponen al liberalismo de una manera desproporcionada. Los hacedores de palabras se encuentran concentrados en ocupaciones determinadas: la academia, los medios, la burocracia gubernamental.

A los intelectuales hacedores de palabras les va bien en el contexto del liberalismo; pues poseen gran libertad de formular, confrontar y propagar nuevas ideas, de leerlas y discutirlos. Sus talentos ocupacionales tienen demanda, sus ingresos están bastante por encima del promedio. ¿Por qué entonces se oponen desproporcionadamente al liberalismo? De hecho, alguna información sugiere que mientras más próspero y exitoso es el intelectual, tiende más a oponerse al liberalismo. Esta oposición se da sobre todo “desde la izquierda” pero no únicamente. Yeats, Elliot y Pound se opusieron a la sociedad de mercado desde la derecha.

La oposición de los intelectuales hacedores de palabras hacia el liberalismo es un hecho de significancia social. Ellos formulan nuestras ideas e imágenes de la sociedad, son ellos quienes establecen las políticas públicas que la burocracia toma en cuenta. Su oposición importa, especialmente en una sociedad que cada vez depende en mayor grado de la explícita formulación y diseminación de la información.

Es posible distinguir dos clases de explicación para la relativamente elevada proporción de intelectuales que se oponen al liberalismo. Una de ellas encuentra un factor perteneciente sólo a los intelectuales antiliberalismo. La segunda explicación identifica un factor aplicado a gran parte de los intelectuales, una fuerza que los empuja hacia opiniones antiliberales. Si se presiona a algún intelectual en particular hacia el antiliberalismo, su respuesta dependerá de las diversas fuerzas que actúen sobre él. En el agregado, desde el cual el antiliberalismo resulta más atractivo para el intelectual, tal factor producirá una proporción apreciable de intelectuales antilibera-

les. Nuestra explicación se referirá a este segundo tipo. Identificaremos un factor que inclina a los intelectuales hacia actitudes antiliberales, mas no las garantiza en caso particular alguno.

II. EL VALOR DE LOS INTELLECTUALES

Los intelectuales esperan ser las personas mayormente valoradas en una sociedad, aquellos con el mayor prestigio y poder, aquellos con las mayores recompensas.

Los intelectuales se sienten con derecho a esto. Sin embargo, y por mucho, una sociedad liberal no honra a sus intelectuales. Ludwig van Mises explica el especial resentimiento de los intelectuales en contraste con los trabajadores al indicar que los intelectuales se entremezclan socialmente con exitosos capitalistas, y por ello los tienen como un destacado grupo de comparación, pero son humillados a causa de su menor estatus. No obstante, aun aquellos intelectuales que no se intercalan socialmente también resentidos, de modo similar, dado que el solo mezclarse no es suficiente; los instructores de deportes y danza que atienden a los ricos y tienen *affairs* con ellos no son notablemente antiliberales.

¿Por qué entonces los intelectuales contemporáneos se sienten con derecho a las más altas recompensas que sus sociedades tienen que ofrecer y resentidos cuando no las reciben? Los intelectuales sienten que ellos son las personas más valiosas, aquellos con los méritos más altos, y que la sociedad debería premiar a la gente de acuerdo con su valor y mérito. Pero una sociedad capitalista no satisface el principio de distribución “a cada uno según su mérito o valor”. Más allá de los regalos, herencias y ganancias en apuestas que se dan en una sociedad libre, el mercado distribuye a aquellos que satisfacen las demandas de otros expresadas y percibidas por el mercado, además de que el monto a distribuir depende de la demanda y de cuán grande es la provisión sustituta. Ni los hombres de negocios, ni los trabajadores poco exitosos tienen el mismo grado de resentimiento contra el sistema liberal en comparación con el de los intelectuales. Sólo el sentimiento de superioridad no reconocida, de titularidad traicionada, produce tal ánimo.

¿Por qué los intelectuales contemporáneos creen que son los más valiosos, y por qué opinan que la distribución debería ser de acuerdo al valor? Nótese que este último principio no aplica de acuerdo al valor y al mérito

en una sociedad libre. Otros patrones de distribución han sido propuestos, e incluyen la distribución igualitaria, la distribución de acuerdo al mérito moral, la distribución de acuerdo a la necesidad. De hecho, no es imprescindible algún patrón de distribución que la sociedad pretenda alcanzar; ni siquiera una sociedad a la que le importe la justicia. La justicia de una distribución puede residir en su surgimiento de un proceso justo de intercambio voluntario de propiedad y servicios justamente adquiridos. Cualquier resultado producto de este proceso será justo, pero no hay algún patrón particular al que el resultado se deba ajustar. ¿Por qué, entonces, los hacedores de palabras se ven a sí mismos como más valiosos y aceptan el principio de distribución de acuerdo al valor?

Desde los inicios del pensamiento registrado, los intelectuales predicaban que su actividad es la más valiosa. Platón valoraba la facultad racional sobre el coraje y los apetitos y consideraba que los filósofos deberían gobernar; Aristóteles sostuvo que la contemplación intelectual era la actividad más valiosa. No es sorprendente que los textos sobrevivientes registren esta alta evaluación de la actividad intelectual. Las personas que evaluaron y que escribieron con razones sustentables, eran intelectuales, después de todo. Se elogiaban a sí mismos. Aquellos que valoraban algo además de reflexionar acerca de las cosas utilizando palabras, ya sea cazar, poder o placer sensual ininterrumpido, no se molestaron en dejar registros escritos perdurables. Sólo el intelectual elaboró una teoría de quién era el mejor.

III. LA ESCOLARIZACIÓN DE LOS INTELECTUALES

¿Qué factor produjo sentimientos de un valor superior por parte de los intelectuales? Quiero enfocarme hacia una institución en particular: los colegios. En tanto que el conocimiento de los libros se tornaba cada vez más importante, la escolarización —la educación conjunta, en aulas, de gente joven, en leer y en conocimiento académico— se difundió. Los colegios se convirtieron en la máxima institución fuera de lo familiar, a fin de moldear las actitudes de la juventud, y mayoritariamente la de aquellos que más tarde se convirtieron en intelectuales pasaron por colegios. Ahí eran exitosos. Ellos, al ser juzgados en comparación con otros eran considerados superiores. Elogiados y recompensados, los favoritos de los maestros. ¿Cómo dejar de verse a sí mismos como superiores? Diariamente, experimentaban

diferencias en la facilidad de trabajar con ideas, en rapidez de aprendizaje. Los colegios les enseñaron y les mostraron que ellos eran mejores.

Los colegios, también, exhibieron y en consecuencia enseñaron el principio de la recompensa de acuerdo al mérito (intelectual). El premio fue para los intelectualmente meritorios; obtenían la sonrisa de los maestros, al igual que las altas calificaciones. En lo que comúnmente los colegios tenían que ofrecer, los más inteligentes constituían la clase superior. Aun cuando no era parte de la currícula oficial, en los colegios los intelectuales aprendieron la lección de su mayor valor en comparación con los demás, así como de qué modo este valor les daba derecho a mayores recompensas.

La sociedad de mercado, sin embargo, les enseñó una lección diferente. Ahí las mayores recompensas no son para los verbalmente brillantes. Ahí las habilidades intelectuales no son las mayormente valoradas. Educados en la lección de que ellos eran los más valiosos, los que más merecían recompensa, los que tenían más derecho a recompensa, ¿cómo los intelectuales, por lejos, no se sentirían resentidos con la sociedad liberal que los privó de lo que justamente merecían, aquello a lo que su superioridad “les daba derecho”? ¿Es sorprendente que lo que los intelectuales sintieran por la sociedad liberal se tornara en un profundo y hosco resentimiento que, aunque revestido de razones públicamente apropiadas, continuaba a pesar de que se mostrara que aquellas razones particulares resultaban inadecuadas?

Al decir que los intelectuales se sienten con derecho a las más altas recompensas que la sociedad en general puede ofrecer (riqueza, estatus, etcétera), no quiero decir que los intelectuales consideren que estas recompensas sean los más altos bienes. Probablemente ellos valoren más las recompensas intrínsecas de la actividad intelectual o la estima del tiempo. No obstante, ellos también se sienten con derecho al más alto aprecio de la sociedad en general, a lo máximo que ofrezca, por más insignificante que esto pueda ser. No quiero enfatizar especialmente las recompensas que encuentran su camino hacia los bolsillos de los intelectuales o aun que los alcanzan personalmente. Identificados ellos mismos como intelectuales, es factible resentirse por el hecho que la actividad intelectual no sea la más altamente valorada y recompensada.

El intelectual desearía que la sociedad entera fuese un colegio en grande, que funcione como el ambiente en el que le iba tan bien y en el que fue tan apreciado. Al incorporar estándares de recompensa diferentes de los del resto de la sociedad, los colegios garantizan que algunos experimenta-

rán más adelante una movilidad descendente. Aquellos que se encuentran en el tope de la jerarquía escolar se sentirán con derecho a una posición en el tope, no sólo en aquella microsociedad, sino también en el resto, una sociedad cuyo sistema ellos resentirán cuando falla al tratarlos de acuerdo con sus autoprescritos deseos y titularidades. Entonces, el sistema escolar produce un sentimiento antiliberal entre los intelectuales. En realidad, produce un sentimiento anticapitalista entre los verbalmente intelectuales. ¿Por qué los hacedores de números no desarrollan las mismas actitudes que estos hacedores de palabras? Yo conjeturo que estos niños cuantitativamente brillantes, aun cuando obtienen buenas calificaciones en las evaluaciones relevantes, no reciben la misma atención y aprobación —cara a cara— de los maestros como sí lo obtienen los niños verbalmente brillantes. Son las habilidades verbales las que conllevan estas recompensas personales de los maestros, y aparentemente son estas recompensas las que especialmente forman el sentimiento de titularidad.

IV. PLANTEAMIENTO CENTRAL EN EL SALÓN DE CLASES

Hay un punto adicional que debe ser añadido. Los (futuros) intelectuales hacedores de palabras son exitosos dentro del formal sistema social oficial de los colegios, donde las recompensas relevantes son distribuidas por la autoridad central del maestro. Los colegios contienen otro sistema social informal que se desenvuelve en las áreas comunes y los patios de los colegios, donde las recompensas son distribuidas no por una dirección central sino espontáneamente por el placer y antojo de los compañeros de colegio. Aquí a los intelectuales no les va muy bien.

No es sorprendente, entonces, que la distribución de bienes y recompensas vía mecanismo de distribución centralmente organizado, posteriormente sea nombrado por los intelectuales como la “anarquía y el caos del mercado”. Ello dado que la distribución en una sociedad socialista de planeamiento centralizado supera a la distribución en una sociedad liberal, de la misma forma que la distribución por el maestro supera a la del patio del colegio y los pasillos.

Nuestra explicación no postula que los (futuros) intelectuales constituyan una mayoría ni siquiera de la clase más destacada de la escuela. Este grupo puede consistir mayoritariamente de aquellos con sustanciales

—pero no arrolladoras— habilidades de estudio junto con gracia social, fuerte motivación para agradar, amigabilidad, actitudes vencedoras, aunadas a la habilidad de jugar y aparentar seguir las reglas. Dichos alumnos serán altamente apreciados y recompensados por el maestro, y les irá extremadamente bien en la sociedad. (Del mismo modo, les va bien dentro del sistema social informal de la escuela, por lo que ellos no aceptarán las normas del sistema formal del colegio.) Nuestra explicación plantea la hipótesis de que los (futuros) intelectuales están desproporcionadamente representados en aquella porción de la clase alta (oficial) de las escuelas que experimentarán relativa movilidad descendente. O, más bien, en el grupo que predice para el mismo un futuro en declive. El resentimiento surgirá antes de su participación en el mundo exterior, y la experiencia de un declive actual en estatus se dará al punto que el alumno inteligente realizará que a él (probablemente) le irá menos bien en la otra sociedad que en su presente situación escolar. Esta no deliberada consecuencia del sistema escolar, el ánimo antiliberal de los intelectuales es definitivamente reforzada cuando los alumnos leen o son enseñados por intelectuales quienes presentan actitudes muy antiliberales.

Sin duda, algunos intelectuales hacedores de palabras fueron alumnos ariscos e inquisitivos, lo cual motivó la desaprobación de sus maestros. ¿Tal vez ellos aprendieron la lección de que el mejor debería obtener la más alta recompensa y pensaron, dejando de lado a sus profesores, que ellos mismos eran mejores y en consecuencia empezaron con un temprano resentimiento contra el sistema distributivo escolar? Claramente, en este y los otros temas discutidos aquí, necesitamos información sobre las experiencias escolares de futuros intelectuales hacedores de palabras para refinar y probar nuestra hipótesis.

En tanto que punto general, es difícilmente refutable que las normas dentro de la escuela afectarán las creencias normativas de las personas una vez que se alejen de la escolaridad. Las escuelas, después de todo, son la mayor sociedad no familiar en la que los niños aprenden a desenvolverse, y por tanto la escolarización constituye su preparación para la real sociedad no familiar. No es sorprendente que aquellos que tienen éxito bajo las normas del sistema escolar puedan sentirse resentidos con una sociedad, adherida a normas distintas, que no les garantiza el mismo éxito. Así tampoco, cuando son los que van a formar la imagen que tiene una sociedad de sí misma (autoevaluación) sorprende cuando la porción con capacidad de

respuesta de la sociedad se vuelve contra ellos. Si usted planeara diseñar una sociedad, no buscaría diseñarla de modo que los hacedores de palabras, con toda su influencia, fueran educados con rencor hacia las normas de la sociedad.

Nuestra explicación del antiliberalismo desproporcionado de los intelectuales se basa en una generalización sociológica bastante plausible.

En una sociedad donde un sistema o institución extrafamiliar, el primero donde ingresan los jóvenes, distribuye las recompensas, aquellos quienes triunfan en él tenderán a internalizar las normas de estas instituciones y esperar que la otra sociedad opere de acuerdo a estas normas; se sentirán con derecho a que la distribución se realice de acuerdo a tales normas o (por lo menos) a una posición relativamente igualitaria. Además, aquellos que constituyen la clase alta dentro de la jerarquía de esta primera institución extrafamiliar y que luego experimentan (o prevén experimentar) el desplazamiento hacia una posición relativamente inferior en la otra sociedad tenderán, debido a sus sentimiento de titularidad frustrada, a oponerse al sistema social más extenso y a sentir resentimiento contra sus normas.

Nótese que ésta no es una regla determinista. No todos aquellos que experimentan movilidad social descendente se rebelarán al sistema. Tal movilidad descendente, no obstante, es un factor que tiende a producir efectos en tal dirección, por lo que se mostrará en proporciones distintas a nivel agregado. Debemos distinguir formas en las que una clase superior puede desplazarse de manera descendente: puede conseguir menos que otro grupo o (cuando ningún grupo se desplaza sobre ella) puede estancarse, fallando en conseguir más que aquellos que previamente eran considerados inferiores. Es el primer tipo de movilidad descendente el que especialmente indigna; el segundo tipo es mucho más tolerable. Muchos intelectuales (según ellos) prefieren la equidad mientras que sólo un pequeño número busca una aristocracia de intelectuales. Nuestra hipótesis se refiere al primer tipo de movilidad descendente como especialmente productora de resentimiento y rencor.

El sistema escolar recompensa únicamente *algunas* habilidades relevantes para el éxito futuro (es, después de todo, una institución especializada) por lo que su sistema de recompensa diferirá del resto de la sociedad. Esto garantiza que algunos individuos, al movilizarse hacia tal sociedad, experimentarán movilidad social descendente y sus consecuencias. Anteriormente dije que los intelectuales requieren que la sociedad sea como las escuelas

en grande. Ahora vemos que el resentimiento debido a una frustrada sensación de titularidad, procede del hecho que las escuelas (como un primer sistema social especializado extrafamiliar) no son la sociedad en pequeño.

Nuestra explicación ahora parece predecir el (desproporcionado) resentimiento de intelectuales educados contra su sociedad cualquiera sea su naturaleza, ya sea capitalista o comunista. (Los intelectuales se oponen desproporcionadamente al liberalismo en comparación con otros grupos de similar estatus socioeconómico dentro de la sociedad liberal. La cuestión es distinta cuando ellos se oponen desproporcionadamente en comparación con el grado de oposición de intelectuales pertenecientes a sociedades distintas con respecto a aquéllas.) Claramente, entonces, la información acerca de las actitudes de los intelectuales dentro de países comunistas, en contra de sus sistemas sociales será relevante; ¿se sentirán tales intelectuales resentidos con respecto a tal sistema?

Nuestra hipótesis necesita ser refinada para que no aplique (o aplique muy fuertemente) a cada sociedad. ¿Deben los sistemas escolares en cada sociedad inevitablemente producir resentimiento antisocial en los intelectuales que no reciben las más altas recompensas de tal sociedad? Probablemente no. Una sociedad liberal se caracteriza por que parece anunciar que es abierta y responde sólo al talento, la iniciativa individual, al mérito personal. Crecer en una casta heredada o sociedad feudal no crea expectativa alguna de que la recompensa vendrá de acuerdo con el valor personal. Más allá de la expectativa creada, una sociedad liberal recompensa a las personas solamente si cumplen los deseos del resto de la sociedad expresados a través del mercado; recompensa de acuerdo con la contribución económica, no de acuerdo con el valor personal. Sin embargo, se acerca lo suficiente a recompensar de acuerdo al valor —valor y contribución, frecuentemente entrelazados como para nutrir la expectativa producida por los colegios—. La ética de la otra sociedad es suficientemente próxima a aquella de los colegios por lo que la cercanía crea resentimiento. Las sociedades liberales recompensan los logros individuales o anuncian que lo hacen, y entonces dejan al intelectual, quien se considera a sí mismo con la mayor cantidad de logros, particularmente enfadado.

Considero que existe y que juega un papel importante. Las escuelas tenderán a producir tales actitudes antiliberales mientras asistan a ellas de manera conjunta una diversidad de personas. Cuando casi todos aquellos que serán económicamente exitosos asistan a escuelas distintas, los intelectua-

les no adquirirán tal actitud de ser superiores a ellos. Pero aun si una cantidad importante de niños de la clase alta asistan a escuelas separadas, una sociedad abierta tendrá otros colegios que también incluyan a diversos individuos que se convertirán en económicamente exitosos como empresarios; y los intelectuales más tarde recordarán de manera resentida cuán académicamente superiores eran ellos en relación con sus pares que se hicieron más ricos y poderosos. La apertura de la sociedad también tiene otra consecuencia. Los alumnos, futuros hacedores de palabras y otros, no sabrán cómo les irá en el futuro. Ellos pueden esperar cualquier cosa. Una sociedad cerrada al progreso destruye pronto tales esperanzas. En una sociedad liberal abierta, los alumnos no se resignan tempranamente a límites en su progreso o movilidad social, la sociedad parece anunciar que los más capaces y valiosos llegarán a la cima, sus escuelas han dado a los más talentosos académicamente el mensaje de que ellos son los más valiosos y los que merecen las mayores recompensas; y más tarde tales alumnos con enojo y esperanza verán a otros de sus pares, que ellos conocen y consideran menos meritorios, alzándose más alto que ellos para tomar las principales recompensas, a las que ellos se sentían con derecho. ¿Es sorpresa para alguien que ellos conlleven un resentimiento contra tal sociedad?

V. HIPÓTESIS ADICIONALES

Hemos *refinado* de alguna manera la hipótesis. No son simplemente las escuelas formales sino la educación formal dentro de un contexto social específico la que produce este resentimiento antiliberal en los intelectuales (hacedores de palabras). Sin duda, la hipótesis requiere más refinamiento; pero basta. Es tiempo de tomar la hipótesis a los científicos sociales, investigarla por medio de especulaciones en el estudio para otorgarla a quienes se sumergirán en hechos y datos más particulares. Podemos señalar, sin embargo, algunas áreas donde nuestra hipótesis puede producir consecuencias y predicciones comprobables. Primero, uno puede predecir que mientras más meritocrático sea el sistema escolar de un país, es más probable que sus intelectuales sean de izquierda. (Consideren a Francia.) Segundo, aquellos intelectuales que progresaron tardíamente en la escuela no desarrollarían el mismo sentido de derecho a las más altas recompensas; en consecuencia, un porcentaje más bajo de tales intelectuales serán antiliberales en comparación con los que destacaron desde temprano. Tercero, he-

mos limitado nuestra hipótesis a aquellas sociedades (a diferencia de la sociedad de castas India) donde el estudiante exitoso plausiblemente puede esperar más éxito en comparación con el éxito que lograría en una sociedad más amplia. En la sociedad del oeste, las mujeres no mantendrían posiblemente tales expectativas, por lo que no esperamos que las estudiantes femeninas constituyentes parte de la clase académicamente alta, y que luego experimentó movilidad descendente, muestren el mismo resentimiento antiliberal que los intelectuales masculinos. Podemos predecir, entonces, que mientras una sociedad se movilice hacia la igualdad en oportunidades ocupacionales entre mujeres y hombres, más exhibirán sus intelectuales femeninas el mismo antiliberalismo desproporcionado que muestran sus intelectuales masculinos.

Algunos lectores dudarán de las explicaciones acerca del antiliberalismo de los intelectuales. Sea como sea, pienso que un fenómeno importante ha sido identificado. La generalización sociológica que hemos postulado es intuitivamente convincente; por lo que de algún modo debe ser cierta. Por tanto, más de un efecto importante debe ser producido en tal porción de la clase alta de la escuela que experimenta movilidad social descendente, algún antagonismo con la sociedad más amplia debe ser generado. Si tal efecto no es la desproporcionada oposición de los intelectuales, entonces qué es. Empezamos con un confuso fenómeno que requería de una explicación. Hemos encontrado, pienso, un factor explicativo que (una vez postulado) es tan obvio que debemos creer en la explicación de un fenómeno real.